

Atlantis



Capítulo 1

Eran más o menos las cinco de la tarde. Nurya estaba subiendo poco a poco por la escarpada pared de Aia. Desde hacía unos cuatro años, cada vez que necesitaba pensar, sentirse a sí misma, se acercaba a este lugar mágico de Gipuzkoa. Lo que empezó como un pequeño reto con su ex-novio, se había vuelto una costumbre de evasión justo cuando rompió su relación con él. Había pasado un tiempo prudencial para haber logrado olvidarse de las duras heridas infringidas por aquel personaje, pero en su mente las cicatrices no lograban cerrarse. Sentía pánico de abrir de nuevo su corazón a alguien por miedo a que clavarán otro puñal en lo más profundo de su ser. No podía permitirse el lujo de morir de amor de nuevo.

Siempre subía por aquella pared con muy pocos instrumentos. Un pequeño mp3, su cámara fotográfica y sus manos. La llamaban suicida por no subir con ningún tipo de cuerda, pero quizás en su inconsciencia, era su única manera de sentirse libre. Miró hacia arriba. Una gran roca se abría por encima de su cabeza. Aprovecharía ese pequeño saliente para descansar. Hizo un último esfuerzo, y mediante un gran impulso logró agarrarse a una grieta que corría paralela a la piedra. Un paso más y se sentó en aquel descansillo. Toda la zona de donostialdea se abría ante sus ojos. Cogió su mp3 y buscó la canción que siempre ponía al llegar a aquel punto. La voz de Anastacia retumbó en sus oídos. Sabía que era rozando lo patético poner sin parar esa canción, pero le recordaba al único momento en el que había dudado de la imposibilidad de rehacer su vida. Había sido hacia poco más de un año. Hizo caso a una amiga y se fue a ver una charla de un joven historiador en la facultad de historia. Fue hora y media de hipnotismo puro, de la boca de aquel chico no hacía más que salir miles de historias mágicas sobre lugares que ella

había visto desde niña. Cuando acabó la charla, su amiga le dijo que la llevaría a casa en coche, y al montarse vio que en asiento trasero estaba aquel joven. La media hora que duró el trayecto hasta la casa de Nurya el chico siguió contándoles pequeñas historias, hasta que la última trató sobre peñas de Aia, su lugar preferido, mientras Anastacia servía de música de fondo del relato. Y cada vez que ella llegaba a aquel punto, en su mente se volvía a vivir aquel instante cuando la voz de ese chico inundaba su imaginación:

„Cuenta la leyenda que vivía cerca de la costa vasca una familia de gigantes en un pequeño islote. Era la familia Aia, últimos descendientes de una larga saga de gigantes que se remontaba al principio de los tiempos. Corrían los rumores que eran los guardianes de la costa vasca, y que su sola presencia hacía que los barcos de guerra enemigos dieran la vuelta. Un terrible conde francés decidió invadir el País Vasco, para lo cual dijo a sus barcos que primero pusieran rumbo a aquel islote. En cuanto los gigantes murieran, la costa vasca caería sin remisión. Y al cabo de unas semanas, decenas de barcos se pusieron rumbo al islote. Desde la costa los vascos escucharon los lamentos de la familia al ser atacada, y se pusieron a la mar para ayudarlos sin importarles su propia seguridad. Al llegar el espectáculo era dantesco, la familia yacía en el suelo del islote desangrada, solo resistía el hijo mayor, a duras penas. Los vascos, al ver eso, se pusieron rumbo a los barcos franceses y lograron hundir todos. El joven Aia cayó rendido sobre los cuerpos de sus familiares muertos. Uniendo todos los barcos, lograron montarlo y llevarlo hasta la costa. Lo tumbaron sobre una pequeña ladera y trataron de salvarlo, pero las heridas eran demasiado profundas. En un último suspiro dio las gracias a todos los que habían tratado de ayudarlo. Sabía que iba a morir de un momento a otro, pero su legado de sangre no moriría con él. Al morir, Aia se convirtió en monte, y de la zona donde estaban sus ojos empezó a brotar un pequeño río. Todo aquel vasco que bebía de ese agua sentía sus fuerzas renacer, ya que ese agua estaba mezclada con la sangre de los Aia. Es por esto que ese monte se volvió mítico entre los vascos, y su perfil escarpado es el rostro del joven Aia llorando su gratitud a los que le ayudaron. “

Capítulo 2

Un lejano graznido le hizo volver a la realidad. No entendía que había tenido ese momento en el coche para marcarle tanto, pero no podía quitárselo de la cabeza. Miro a su alrededor y vio el majestuoso vuelo de dos buitres. Cogió su cámara y mediante su zoom pudo admirarlos mas cerca. No entendía como la gente podía opinar que esos animales eran feos. Su sola presencia hacía que las montañas se estremecieran al notar su sombra recorrer sus laderas. Comenzó a fotografiarlos. Parecía que volaban en círculos sabiendo que les estaban retratando. La canción del mp3 cambió, alejando a Nurya aún más de aquel automóvil pasado, y supo que era momento de seguir con su ascensión. Miró hacia arriba, la pared se le presentaba desafiante. De ahí solía subir en línea recta, pues era el camino más sencillo para subir sin ningún tipo de amarre. Pero un poco hacia la derecha vio una vía muy atractiva. Juraría que una grieta que estaba viendo no estaba ahí antes, pues se conocía el muro como su palma de la mano. La curiosidad pudo más que la prudencia, y se dirigió hacia aquella nueva llaga en la piel de la montaña. El camino era complicado, obligaba a Nurya a forzar su cuerpo al máximo. Estaba a un solo movimiento de llegar a la grieta, así que de un impulso logró introducir su mano derecha dentro de ella. Su tacto era curioso, como pulido. Como si alguien hubiera introducido una daga gigante para asegurarse de la muerte del joven Aia. De pronto, perdió pie, y quedo colgando únicamente de la mano derecha. El dolor era insoportable, parecía que iba a desgarrarse y

separar el brazo del resto del cuerpo. Sus dedos iban lentamente resbalando por la pulida piel de la montaña, así que levantó la mano izquierda para introducirla también. Fue moviéndola dentro de la grieta, tratando de encontrar donde agarrarse, y notó un tacto casi metálico. Era un saliente un tanto artificial, algo que nunca había sentido, y al lograr asirse en ese punto, vio aterrorizada como la grieta iba creciendo ante su atónita mirada. Iba abriéndose muy lentamente, y las fuerzas iban fallándole. Por encima de su cabeza, la pared iba desprendiéndose poco a poco, como si estuviera tratando de despeñarla para que no descubriera su secreto. Una piedra golpeó su hombro derecho, haciendo que por reflejo, soltara su mano. Lo único que separaba su cuerpo de una caída de cuarenta metros era su mano izquierda reteniendo aquel material indescriptible. Las fuerzas ya estaban bajo mínimos, y pensó que debía hacer un último esfuerzo. Cogió impulso y retorció su cuerpo de manera que pudiera entrar por la grieta. En el momento que soltó su mano izquierda, una piedra golpeó su cabeza, tiñendo de negro todo a su alrededor.

Abrió los ojos muy lentamente. Notaba como si miles de espinas taladraran su cráneo. Todo estaba oscuro a su alrededor. Trataba de recordar que había pasado, donde estaba. Mediante el tacto noto como si estuviera dentro de un sarcófago. Las paredes no estaban más allá de treinta centímetros de su piel. Tocó detrás de su cabeza. Notaba frío, vacío. Entonces recordó. Había logrado introducirse en la grieta en el último momento, antes de hacer al vacío. Pero no sabía si seguía allí. Buscó con la mano derecha su cámara, y la notó a la altura de la rodilla. Sintió un frío corte, y se dio cuenta que el objetivo se había roto cortándole con su cristal. Rezó para que el flash siguiera funcionando, y eso que no era creyente. Esa pequeña luz podía ser su única salvación para salir de allí, o al menos saber donde estaba. Sin querer sacó una foto, y la luz le causó una mezcla de sobresalto y esperanza. Vio en décimas de segundo que la pared estaba muy pulida para ser algo natural creado hacía un momento. Volvió a dar al botón y miró por encima de su cabeza, y vio que solo había vacío. Estaba al borde del precipicio, y la noche había caído hacía horas. Debía de haber estado más tiempo del que pensaba inconsciente. Respiró profundo, tratando de moverse. Le tranquilizó ver que todas sus extremidades se movían pese al dolor. Pero al respirar, sintió algo extraño. A la altura de sus pies notó una energía especial. No sabía que es lo que era, pero se dio cuenta que algo o alguien estaba a escasos centímetros de sus pies.

Capítulo 3

Nurya estaba muy confundida. La cabeza le daba mil vueltas. Notaba una presencia cerca de ella, pero no sabía lo que era realmente. Trató de mover su mano hacia la zona donde se encontraba su pie, pero no había manera de moverse, pues el tamaño de la grieta no permitía girar los hombros. Decidió sacar su cuerpo hasta la cintura, situándose al borde del abismo, y así poder girarse. Arrastró su cuerpo, y notó como en la cara le pegaba la fresca brisa de la madrugada. A su derecha el cielo comenzaba a clarear, con lo que se dio cuenta que por suerte podría comenzar el descenso dentro de poco tiempo. Al liberar la mitad de su cuerpo, comenzó a incorporarse. A la izquierda de la grieta había un pequeño saliente, y lo asió con fuerza. Sacó sus piernas, con lo que estaba únicamente con un punto de apoyo. Comenzó a bajar lentamente, palpando cada centímetro, ya que pese a que comenzaba a ver con la luz del amanecer, no se fiaba de sus propios instintos. Logró agarrarse a la grieta con las manos, y lentamente fue introduciendo su tronco. La oscuridad que encontraba delante de sus ojos la

aterraba, pero podía más su curiosidad. Las manos iban buscando en la negrura, hasta que toparon con algo suave. Era una especie de ropaje, algo de tela. Temió encontrar un cuerpo allí dentro, pero su tamaño era menor del esperado. Era un pequeño saco de tela, con un cordón que lo cerraba. Lo agarró y tiro con fuerza. No pesaba demasiado. Fue saliendo de la grieta con el saco en la mano y lo ató a su cintura. Comenzó el descenso lentamente, ya que notaba un pesado cansancio. Llegó al saliente en el que solía descansar cada vez. Se sentó en él, con las piernas colgando mirando el amanecer. Si no fuera por los malos momentos que había vivido, podía sentir como si fuera el amanecer más bello de su vida. Agarró con una mano el saco y lo desató de la cintura. Con los primeros rayos de la mañana pudo ver que era un saco muy antiguo, pero el color verde intenso no había desaparecido del todo. El cordón era rojo con pequeños hilos blancos. Palpó el interior del saco. Era una especie de objeto cúbico, y dos o tres elementos de formas irreconocibles. Comenzó a soltar el nudo ansiosa por ver su interior. El cordón cedió poco a poco, abriéndose el saco. Miró el interior y notó tres objetos. Eran tres piedras perfectamente pulidas; una roja, una blanca y la otra verde. Y al fondo del saco vio un pequeño anillo. Dos pentágonos plateados lo coronaban. Tenía unas formas muy atractivas y no pudo evitar ponérselo.

Al instante un fuerte pinchazo atravesó su cabeza, y cerro los ojos tratando de calmarlo. Notó un viento distinto en su cara, y a su alrededor los animales estaban muy alterados. Volvió a abrirlos, pero no estaba ya en la pared del monte Aia sino que se encontraba en un bosque muy frondoso. Los rayos del sol apenas lograban atravesar la densa capa de ramas. Escuchó al fondo una terrible explosión, y la tierra comenzó a temblar a sus pies. Al ruido de la explosión le siguió un estruendo aún mayor que se acercaba a mucha velocidad. Miró al frente, y vio cientos de animales que se acercaban a ella en estampida. Eran unos animales que no había visto en su vida. Su mente estaba muy confusa, no podía reaccionar. Los animales estaban cada vez mas cerca. Gritó, pero apenas pudo escuchar su voz en medio de aquel ruido ensordecedor. Cerró los ojos, soñando que no fuera más que una terrible pesadilla y al volver a abrirlos encontrarse de nuevo en el saliente de la montaña. Su cerebro repetía una y otra vez dos palabras: Quiero vivir.

Capítulo 4

Abrió los ojos, y vio que de nuevo se encontraba encaramada en la pared de Aia. El sol ya estaba en su plenitud, así que habían transcurrido unas horas desde que había logrado ponerse el anillo. Miró a su mano izquierda, la tenía cerrada. Al abrirla vio el anillo. No podía ser que algo tan pequeño e inofensivo hubiera producido tal efecto en ella. Era imposible. Pero lo había visto. Las imágenes de aquellos extraños animales martilleaban su cabeza. Los notaba correr dentro de su cerebro. Cogió el anillo y lo metió de nuevo en el saco con el resto de objetos. Al instante la paz volvió a su cabeza. Pensó que todo aquello seguro era fruto de su imaginación. La víspera, al golpearse la cabeza con la pared seguro que había causado aquellas alucinaciones. Pero ella misma sabía que no era así. No es que solo hubiera visto todo eso, sino que lo había sentido, olido, casi palpado. Ató de nuevo el saco a su cintura y comenzó el último tramo de descenso. Trataba que su mente se concentrara en otras cosas, pero no podía, sentía el anillo golpear su cuerpo con cada movimiento.

Llegó abajo, y puso dirección al coche. Necesitaba ir a casa, calmarse, reflexionar lo

que había pasado. Seguro que todo aquello tenía un significado, una lógica. Seguro que tras dormir todo aquello no era más que una mala pesadilla. Abrió el coche por la puerta del copiloto y lanzó dentro el saco. Rodeó el coche y entro por el asiento del conductor. Sentarse en su acolchado asiento fue la mayor sensación de calma que en aquel momento pudo lograr. Pero la calma duró solo un instante. En su mente, escuchó una palabra: *Ayuka*. Miró hacia todos los lados pero no había nadie. De nuevo la misma voz dijo: *Ayuka*. Miro detrás del coche, pero no había nadie. La voz volvió a sonar: *Ayuka*. Miró al asiento del copiloto. El saco estaba abierto, y su contenido se había esparcido por el asiento. Y allí estaba, el anillo, como desafiándole. Volvió a escuchar: *Ayuka*. Se estaba volviendo loca. Parecía como si el anillo le hablaba dentro de su cabeza. Arrancó el coche y puso rumbo a su casa. Cada cierto tiempo la misma palabra martilleaba dentro de ella: *Ayuka, Ayuka*. No. No podía ser. Era su imaginación que estaba jugándole una mala pasada. Desde pequeña siempre había imaginado cosas. Soñaba con lo que ella quisiera. Controlaba sus sueños. Pero al ir dejando la niñez a un lado, esa capacidad fue desapareciendo gradualmente. Podía ser que la imaginación volviera a controlarla a su antojo. Seguro que era eso. No había duda. Pero ella no deseaba escuchar esa palabra, quería que se callara. Pero no era así, seguía volviendo a su cerebro cada cierto tiempo. Se agachó para meter el anillo en el saco, y al volver a incorporarse vio como un camión se acercaba muy rápido frente a ella. Con un volantazo logro salvarse y controlar la situación. Pero aquella palabra seguía dentro de ella: *Ayuka*.

Llegó al garaje. Apagó las luces, y se quedó allí, sentada, inmóvil. Trataba de dejar su mente en blanco, controlar sus nervios. Se fue calmando, pero la voz volvió: *Ayuka*. Allí, en la penumbra del garaje, parecía que sonaba más fuerte. Encendió la luz interior del coche. Allí estaba el saco, con el anillo dentro. Lo abrió lentamente. A primera línea estaba, el anillo, desafiándola. Lo cogió suavemente. Parecía que la voz callaba por un instante. Miró la perfección del anillo. Era hipnotizante. Creaba una falsa tranquilidad. Pero dicha paz se rompió de golpe. *AYUKA*. El grito sonó más fuerte que nunca. Cogió el anillo. Tenía que acallar aquella voz como fuera. Y quería comprobar que lo que había visto y sentido en la pared de Aia no había sido fruto de su golpe. La voz sonó una última vez mientras estaba poniéndose el anillo. *AYUKA*.

Capítulo 5

Tenía los ojos cerrados. No se atrevía a mirar lo que se encontraba a su alrededor. Su mente pedía que por favor se encontrara en el garaje, dentro de su coche; pero su corazón deseaba encontrarse de nuevo en aquella extraña selva. Comenzó a poner atención a sus sentidos. A su oído llegaba un suave susurro de agua. No se encontraba en su garaje. En su cara sentía una leve brisa. A su nariz llegaba algo parecido al salitre. Los rayos de sol calentaban su piel suavemente. Pese a tener los ojos cerrados sabía que había mucha mas luz que hasta hacía unos instantes dentro de su coche. Decidió abrir los ojos muy lentamente. Se fue acostumbrando poco a poco a tanta luminosidad, y lo que iba descubriendo la dejaba sin habla. Se encontraba en la cima de una pequeña montaña, quizás no más que una leve colina. Y allí abajo veía una ciudad. Pero no era una ciudad normal. Cinco canales radiales cruzaban la ciudad, con centro en la colina donde ella se encontraba. Todas las casas eran blancas, con no más de tres pisos por edificio. Las calles parecían llenas de vida, pese que desde allí no podía diferenciar la silueta de una persona, era más una masa en continuo movimiento. Dio media vuelta, y sus ojos se

encontraron con un grandioso templo. Todo estaba construido con algo que parecía mármol blanco conjugado con otro mármol negro. Le recordaba vagamente a los templos que vio en su viaje a Atenas, pero a escala mucho mayor. Era algo así como varios templos entrelazados, coronados por un templo superior apoyado en todos ellos. Daba una sensación de ingravidez casi de película. Parecía que los materiales no pesaran, sino que estuvieran dibujados en gran lienzo presentado a sus ojos. Se acercó lentamente a la escalinata de uno de los templos inferiores. Rozó con su mano la piel de la piedra. Era un tacto muy liso, pero sin la frialdad del mármol, era una sensación cálida. Decidió sentarse y meditar. En cuanto se sentó, una candidez desconocida recorrió su columna vertebral. Se sintió como ella creía que deberían sentirse los pobres labradores de las afueras de París cuando se adentraban en Notre Damme, o como se sentiría un pobre mensajero de un rey lejano cuando se adentraba en San Pedro para entregar un mensaje al Papa. El cuerpo notaba que le pesaba mucho. Se fue recostando sobre la piedra, ampliando aún más si cabe la sensación de paz. El cielo azul sobre su cabeza parecía ir variando de color cuanto más se recostaba sobre la escalinata. Al final se tumbó completamente, apoyando la cabeza. Tenía miedo de cerrar los ojos por si al abrirlos se encontrara de nuevo en el garaje sin entender absolutamente nada, pero no pudo evitarlo, cayendo en una somnolencia extraña.

Sin saber cuanto tiempo había pasado desde que cerró los ojos, algo le despertó de ese pequeño letargo. Era aquella dichosa palabra que volvía a su mente, *AYUKA*. La escuchaba aun muy lejana, pero notaba que se iba acercando poco a poco. Quería abrir los ojos para ver si se encontraba ya de nuevo en su garaje, pero no podía. Aun así, por la paz que notaba en su espalda, y la luminosidad sobre su cara, supo que seguía en aquel extraño lugar. La voz se iba acercando cada vez más. *AYUKA, AYUKA*. A medida que la voz se acercaba, notaba que salía de aquel sopor. Fue abriendo lentamente los ojos. Se fue incorporando. Aun confundida trató de acostumbrar la vista a la luz. La voz ya se encontraba detrás de ella. Dio media vuelta. Y allí lo vio. Era un hombre muy hermoso, vestido con una especie de túnica azul con una cinta roja en la cintura. Se fijó en su rostro. Le recordaba a alguien. No. No podía ser. Era igual al joven historiador que le había hipnotizado tiempo atrás. Más que igual que él, ella diría que era él. Se quedó mirándole los labios, y de ellos salió una sola palabra. *AYUKA*. Entonces comprendió algo. Comprendió el significado de aquella palabra: *AYUKA*. Ayuka era ella. Y la oscuridad volvió...

Capítulo 6

Abrió los ojos. La oscuridad le trajo de nuevo a su garaje. Era la segunda vez que sentía la sensación de volar más allá de su cuerpo, a través del anillo. Muy pocas cosas se aclaraban en su mente. Ahora sabía que significaba aquella palabra que martilleaba en su cabeza sin cesar. Pero una duda aún mayor nació dentro de ella, le había visto a él dentro de aquel sueño. Puede que todo no fuera más que una serie de extraños sueños causados por el estrés vivido, y que dentro de aquel lugar imaginario, su mente introdujera los datos que le interesaban. Volver a ver el rostro de aquel chico removiéndole dentro de ella sentimientos ahogados hacía un tiempo. Pero esta vez no eran sentimientos de esperanza, de ilusión, eran sentimientos de miedo, de angustia. Salió del coche aturdida por lo que acababa de sentir y cogió el ascensor del garaje rumbo al 9º piso, rumbo a su casa. Necesitaba acostarse, dormir un rato, sentir al despertar que todo no era más que una extraña pesadilla. Abrió la puerta, y comenzó a desvestirse en la entrada. Fue dejando un rastro de ropa por todo el pasillo. Al llegar al cuarto ya

estaba completamente desnuda. Se miró al espejo. Restos de barro y polvo atravesaban su cara. Sus ojos no eran mas que el recuerdo de lo que habían sido antes de salir hacia Aia. Trato de ver algo distinto en su cara, en su rostro, que le hiciera darse cuenta que lo que había vivido era real, pero nada había cambiado. Decidió meterse en la cama cuanto antes, ya tendría tiempo de ducharse después de descansar. Se introdujo en sus azuladas sábanas. Parecía que pesaran una tonelada, pero aquel peso fue desvaneciéndose a medida que el sueño vencía la batalla al desasosiego. Dentro de sus sueños le pareció ver el rostro de aquel chico hablándole, pero no escuchaba absolutamente nada. Lo ultimó que le pareció ver antes de caer en un profundo sueño fue una ola gigante que se le acercaba mas y mas.

Se despertó cuando los primeros rayos del día penetraban por su ventana. No sabía cuanto llevaba dormida. Ni siquiera sabía que día era. Miró la hora en su móvil. Eran las ocho de la mañana. Calculó que llevaría unas quince horas dormidas. Tenía dos mensajes en su móvil. El primero era de Euskaltel, informándole de una oferta más. El segundo le llamó la atención. Era de Alazne, aquella amiga que le animó a ir a la charla sobre mitología. Le contaba que acababa de recibir el coche nuevo que se había comprado, y que le hacía ilusión llevarle a algún sitio, que ella propusiera plan. Sin dudarle siquiera comenzó a escribir el mensaje de respuesta: *Dime donde vive aquel historiador de la charla de la facultad. Necesito verle urgentemente.* Se fue a la ducha tratando de sacar por el desagüe las interrogantes que cruzaban su cerebro. Dejó caer el agua por su cuerpo desnudo durante largo rato. Una señal le sacó de debajo de aquella lluvia relajante. Mensaje en el móvil. Chorreando, sin ni siquiera secarse, corrió hasta el móvil: *¿Te pasa algo? Este chico te llegó dentro eh, lo sabía. Vive en un pequeño pueblo de Asturias, llamado Oseja. Pero allí no tiene teléfono, lo usa como refugio. Tendrás que esperar que vuelva para aquí para hablar con el. Creo que tiene un congreso el mes que viene.* Se sentó en la cama. Las gotas que recorrían su cuerpo empapaban la cama. No podía esperar tanto, tenía que hablar con él cuanto antes, sino se iba a volver loca: *Alazne, haz la maleta y ven a buscarme. Nos vamos a Oseja. Date prisa, mi cordura depende de este viaje.* Cogió una bolsa y metió lo primero que encontraba en el armario sin pensar en nada. Su desnudo cuerpo ya estaba seco. Se miró de nuevo al espejo. Su pálido color la asustó. Pero vio en su mirada un brillo distinto. Se sintió viva, viva como hacía tiempo no se sentía. Se vistió y fue hacia la sala a esperar a Alazne. La ropa de la que se había desprendido horas atrás seguía en el suelo, mostrándole que nada había sido un sueño. Y al llegar a la puerta lo vio. El anillo. Allí estaba, brillante, tentador. Lo recogió suavemente, tratando de no meter el dedo en el. Tenía miedo de viajar de nuevo a aquel lugar y no volver nunca más a la realidad. Estaba caliente, como si todo el mundo al que había viajado se encontrara moviéndose dentro de él. Lo situó encima de la mesa y puso la televisión. Lo que allí vio le heló la sangre.

Capítulo 7

Tardó cerca de un minuto en reaccionar a lo que veía ante sus ojos. La televisión le enseñaba un perfil que había visto mil veces al fondo. Eran las peñas de aia, pero algo había cambiado en el perfil que ella tenía guardado en la memoria. Estaba ante sus ojos el perfil de aquella cabeza tumbada (aquel gigante según el relato escuchado tiempo atrás). Pero algo pasaba en una de las paredes que Nury solía escalar para dejar atrás el mundanal ruido. Allí, a la altura

de los ojos de aquel gigante de piedra algo caía cambiando el color de la piedra. Era una cascada de agua que salía de un agujero casi en la cima. Enseguida supo que aquel agujero era en el que hacía horas había estado ella misma, aquel agujero que se había abierto frente a sus ojos. Se puso a escuchar la noticia. La periodista decía que hacía poco más de una hora el agua había comenzado a caer, y que nadie se explicaba el por qué. Aquellas rocas habían permanecido igual desde hacía siglos y no encontraban razón alguna a aquella cascada milagrosa. Nury pensó que ella era la respuesta. Al abrir aquella grieta había cambiado la pared, y quizás algún río subterráneo había encontrado salida. Pero aquello era imposible, la cascada nacía casi en la cima, por lo que era imposible que se tratara de un río subterráneo. De nuevo un sonido retumbó en su cabeza. AYUKA. Miró al anillo. Parecía que la estuviera mirando. Lo cogió en su mano. Pensó en colocárselo de nuevo, en ver aquel viaje onírico a donde le llevaba, pero tuvo miedo. Miedo a lo desconocido, a no saber si en el próximo viaje la mente se quedaría encerrada en aquel templo. Fue acercando lentamente el dedo, cuando algo la sobresaltó. Era el interfono. Alazne había llegado. Metió el anillo en el bolsillo y cogió la pequeña maleta que había preparado. Salió del portal y allí la vio. Por su cara supo que estaba intrigada por aquel viaje momentáneo. Siempre le había parecido una mujer bellísima. Era como una pequeña diosa recién salida del olimpo. No era muy alta, pero tenía un extraño magnetismo que hacía de ella una mujer irresistible. Hacía años ya que se conocían, pero no podía evitar sentir cierta envidia al mirarla. Ella era lo que todo hombre deseaba, y ella lo sabía. Le sonrió y le abrió el capó del coche no sin antes comenzar a hablar:

- ¿Acaso te has vuelto loca? ¿A qué viene esta prisa y este secretismo?- le dijo sin perder ni por un segundo su eterna sonrisa.
- Alazne, métete en el coche, que el viaje es largo y te aseguro que hay tiempo para explicar todo. Si has visto las noticias sabrás algo de lo que va.
- ¿Las noticias? Si, las he visto. Han hablado de guerras, de muerte y de odio, lo mismo de siempre. Bueno, y una noticia de que ha aparecido una cascada en peñas, pero no se que puedes tener tu que ver con alguna de las noticias.
- Alazne, por favor, arranca el coche y te iré contando todo -le contestó Nury con cierta voz de mando-.

Ambas entraron en el coche. Alazne estaba deseando bombardearle a preguntas, pero respetaba el silencio de su amiga ya que veía miedo en sus ojos. Arrancó el coche y se puso rumbo a la autopista. Al salir de la ciudad no pudo evitar preguntarle de nuevo que le ocurría a su amiga. Nury, sin apartar la vista de la carretera comenzó a relatar todo lo sucedido. La aventura en la pared de peñas, el contenido de la bolsa, sus viajes a aquel mundo onírico. Cada palabra que surgía de su boca era una especie de mazazo en la mente de su amiga.

- Nury lo siento, pero es que estoy alucinando con lo que me estas diciendo. Me estas contando que se ha abierto una montaña y que de su interior has sacado un anillo que te hace viajar a un mundo de sueños, y que habla contigo llamándote con un nombre que nunca has oído.
- Se que parece increíble, pero no he perdido la cabeza- Dijo mientras sacaba el anillo para que su amiga lo viera-. Suena rarísimo lo sé, pero es la verdad, no estoy loca.
- Nury, se que no estas loca, pero entiende que no es algo fácilmente digerible. Estas hablando de un anillo que te habla.

Nury miro con atención el anillo. De nuevo un escalofrió recorrió su espina dorsal.

Un susurro salía del anillo. Trato de concentrarse en lo que decía. Veía que Alazne le estaba hablando a su lado, pero no podía escucharla. Solo un susurro rompía el atronador silencio. Fue repitiendo mentalmente la frase que le susurraba en su mente. Se volvió a su amiga y le dijo:

- *Una campana suena tras el pasillo de rocas.* Alazne, sal de la autopista, pon rumbo a la costa.

Capítulo 8

- Nury, por dios, estás perdiendo la cabeza. Vamos dirección a Oseja y me dices que vaya hacia el mar de repente -los ojos de Alazne mostraban una clara preocupación-. Ya puedes empezar a explicarme ese cambio de dirección si no quieres que ponga rumbo al psiquiátrico más cercano.
- Alazne, el anillo acaba de hablarme de nuevo. Me ha dicho: Una campana suena tras el pasillo de rocas.
- Seamos serias Nury. Yo estoy en el mismo coche que tu y no he escuchado absolutamente nada. Además, de esa frase sin ningún sentido como has podido saber hacia donde dirigirte.
- Alazne, sé que parece una locura, pero esa frase la he escuchado hace mucho tiempo. Cuando no era más que una niña, había un libro de mitología que mi padre solía leerme. Esa frase aparecía en una de mis historias preferidas.
- Nury, ¿Quieres decirme que el anillo te ha dicho una frase que solía usar tu padre años atrás? Yo diría que tu estado de estrés hace que revivas hechos de tu pasado. Y sé que la falta de tu padre es algo que te ha marcado desde siempre. Además, aunque fuera verdad, no se porqué tenemos que ir hacia la costa.
- Para eso tendré que contarte el mito y entenderás todo.

Nury se recostó en el asiento del coche y cerró los ojos. Empezó a recordar aquellas noches de invierno con el viento azotando en la ventana. Recordó las gafas de su padre, y de su boca comenzaron a salir las palabras exactas que recordaba en boca de su padre:

- *Hace mucho mucho tiempo, cuando los mares se estaban retirando de tierra firme, conformando la costa que conocemos hoy en día, había un pueblo que habitaba en las faldas del monte Anboto. La comida empezaba a escasear en su zona y decidieron ir emigrando hacia la costa, en busca de buena pesca. Pero tenían mucho miedo de que el mar volviera a subir y morir ahogado. Se reunieron en la caseta del jefe buscando soluciones a aquella situación desesperada. Decidieron que Iagoba, el jefe de la tribu, subiría hasta la cima del monte, en busca de la cueva hogar de Mari. Ella seguro que tenía algo que ver con la retirada del mar, y quizás escuchara sus súplicas. Lo vieron partir hacia la montaña, pero no volvió nunca. Su hijo Aitor tomo el relevo y decidió subir a buscar a su padre y de paso a pedir clemencia a Mari. El camino se le hizo largo. El invierno estaba llegando y la hierba helada le cortaba las plantas de los pies. Agotado, la noche se le echaba encima, y se cobijó en una pequeña cueva muy cerca de la cima. Cuando estaba a punto de vencerle el sueño, frente a sus ojos vio la mujer más bella que nunca había presenciado. Una especie de aura le rodeaba. Su pelo era rojo fuego, sus ojos casi transparentes, y un cuerpo que derretiría el mismísimo invierno. Se le acercó sugerente, sin dejar de mirarle a los ojos. Se fue quitando la ropa, dejándole ver su estremecedora desnudez. Por momentos perdía la cabeza, deseaba agarrarla, besarla, recorrerla con sus manos. Ella se acercó a su oído y suavemente le dijo que lo*

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

